

## LIBRO CINCUENTA Y CINCO.

Robespierre y Danton.—Su entrevista.—Saint-Just en casa de Robespierre.—Inacción de Danton.—Sesión secreta de las tres comisiones.—Discurso de Saint-Just.—Pide la prisión de Danton y de sus cómplices.—Prisión de Danton, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Lacroix y Westermann.—Su llegada al Luxembourg.—Sesión de la Convención.—Discurso de Legendre.—Respuesta de Robespierre.—Informe de Saint-Just.—Proyecto de decreto contra Danton y sus cómplices.—Voto unánime.—Danton en la cárcel.—Camilo Desmoulins.—Su esposa.—Proceso de los acusados.—Su condenación.—Su ejecución.—Juicio sobre Danton.

### I.

Sin embargo, Robespierre vacilaba aun en herir á Danton. Su indecision y la de Saint-Just y Couthon, á quien él dominaba, hacia que se meciese la muerte sobre la cabeza de aquel antiguo rival. Robespierre no le estimaba, pero tampoco le aborrecia, y habia dejado de temerle. Si aquel hombre hubiera sido mas incorruptible, de buena gana lo hubiera asociado Robespierre á su imperio. Aquel Antonio hubiera completado este Lépido. Danton estaba naturalmente dotado por la naturaleza de unas facultades de que carecia Robespierre, que era la precision del golpe de vista y la vehemencia de las ins-

piraciones. El uno era el pensamiento y el otro el brazo de una revolucion. El valor civico era mas obstinado en Robespierre, y el fisico, mas pronto y mas instintivo en Danton. Estos dos hombres reunidos hubieran sido el alma y el cuerpo de la república. Pero el pensamiento de Robespierre, no admitia la impura mezcla del materialismo de Danton. «Unir una buena idea á una mala no es fortificarla, decia, sino corromperla. La virtud vencida pero sin mancha, es mas fuerte que el reino triunfante.»

Una viva ansiedad le agitó durante los días y las noches que precedieron á su resolucion. Se le oyó muchas veces esclamar: «¡Ah, si Danton fuese hombre de bien! ¡Si fuese verdaderamente republicano!... ¡Yo quisiera tener la linterna del filósofo griego, decia en otra ocasion, para leer en el corazon de Danton y saber si es mas amigo que enemigo de la república!»

Los Jacobinos dudaban menos en sus sospechas. Danton no era á sus ojos mas que la estatua de barro del pueblo que se desharia á las primeras lluvias: «Es necesario, decian, quitar á la multitud este falso dios, para hacerle adorar la pura virtud revolucionaria. Este Pericles de la corrompida Atenas no convenia á Esparta.»

Robespierre lo conocia, pero no se atrevia á deducir su última consecuencia. Se preguntaba interiormente si la poderosa popularidad de Danton sobre la Montaña, se repartiria despues de su muerte sobre otras cabezas subalternas, tan viciosas pero menos fuertes y mas pérdidas que la de Danton, y si valia mas equilibrar con él el ascendiente sobre la Convencion que entregar este mismo ascendiente á la casualidad de otras popularidades; si muerto el vicioso, moriría el vicio con él en la república; si en los grandes ataques que el gobierno tendria que sostener contra las facciones que se multiplicaban, la presencia, la voz y la energia de Danton, harian falta á la patria y aun á él mismo: y en fin, si la sangre del segundo de los revolucionarios que se iba á derramar, daria á algun

atrevido la sed de sangre del primero; si el sepulcro de su colega sacrificado, estaria sin cesar como una asechanza al pie de la tribuna en donde se hallaba ya el de Vergniaud, y si era un buen ejemplo para el porvenir y un buen augurio para su propia fortuna, el escavar así un sepulcro en medio de la Convencion y hacerse un escalon con los cadáveres de sus rivales.

En fin, la naturaleza que estaba vencida pero no sofocada en el corazon de Robespierre, se sublevaba interiormente en él contra las crueles exigencias del hombre político. Es verdad que Danton era su rival, pero tambien era el mas antiguo y el mas ilustre compañero de su carrera revolucionaria. En cinco años de luchas, de derrotas y de victorias, no habian cesado de combatir juntos para destruir el trono, salvar la integridad del territorio y fundar la república. Sus almas, sus palabras, sus vigili-  
as y sus sudores se habian confundido en los trabajos, en los peligros y en todos los contratiempos consiguientes para llevar á cabo la revolucion. Se sentaban en los mismos bancos, se encontraban en los mismos clubs, jamás habian tenido un choque, siempre, ó al menos en la apariencia, se habian manifestado uno á otro la estimacion y el aprecio que conmueven el corazon, y se habian defendido mutuamente contra sus enemigos comunes. Habia suficiente espacio en la república para dar cabida á estas dos ambiciones distintas.

Ademas Danton era jóven, padre de unos niños que pronto quedarían huérfanos, y estaba enamorado de una nueva esposa que preferia al poder y que amortiguaba su ambicion.

Couthon, Lebas y Saint Just, eran los testigos y los confidentes de la irresolucion de Robespierre, que parecia querer que la violencia moral le arrancase un consentimiento que no podia salir de su boca. Una noche entró en su casa con el rostro radiante y viéndose en él la serenidad de un hombre que ha tomado una resolucion

magnánima. «Les he arrancado una gran presa, dijo á Souberbielle, y tal vez un gran criminal; pero soy jurado del pueblo como tú y mi conciencia no estaba suficientemente iluminada. «Souberbielle comprendió en lo sucesivo que se trataba de Danton.

## II.

Como se ha visto, Danton se habia retirado voluntariamente de la comision de salud pública, no para amortiguar la envidia que empezaba á encontrarle demasiado grande, sino para disfrutar en paz de unos goces que le eran mas queridos que la ambicion. El amor, el estudio, la amistad, algunos trabajos para la Convencion, algunas intrigas lánguidas y algunas esperanzas demasiado manifiestas de volver al poder, ocupaban sus días. Reunia con frecuencia en Sevres á sus amigos Philippeaux, Legendre, Lacroix, Fabre de Eglantine, Camilo Desmoulins, Bazire, Westermann y algunos políticos de la Montaña. Aquellos hombres, que no eran mas que alegres convidados, pasaban por conspiradores. Danton, poco sóbrio en palabras, se desahogaba en críticas amargas y sangrientas contra el gobierno. Danton era demasiado tímido para derribar una dictadura, y demasiado atrevido para no querer aun atacarla. Afectaba el tono de un conspirador sufrido que tiene en su mano la fuerza para destruirlo todo, y que no quiere usar de ella. Aparentaba que dejaba obrar á la comision de salud pública, solamente para hacer prueba de su insuficiencia hasta el momento en que le conviniese detenerla. «¡La Francia cree poder pasar sin mí, veremos!» decia con frecuencia.

No contemplaba á Robespierre, que siempre le habia parecido un metafísico envuelto en su virtud, embara-

zado en sus sistemas, y entonces *encenagado en sangre*. «Danton, le decía un día Fabre de Eglantine, ¿sabes de que te acusan? Dicen que no has lanzado el carro de la revolución sino para enriquecerte, al paso que Robespierre ha quedado pobre en medio de los tesoros de la monarquía derribada por él.—Bien, le respondió Danton, ¿sabes tú lo que eso prueba? ¡que yo amo el oro y Robespierre la sangre! Robespierre, añadió, tiene miedo al dinero porque ensucia las manos.»

Se decía también que Danton había hecho votar fondos considerables á la Convención con destino á la comisión de salud pública, á fin de empañar la incorruptibilidad de Robespierre en las sospechas que pesaban sobre él. Lacroix y Danton habían sacado, según se decía, grandes riquezas de sus comisiones en Bélgica. Añadíase que no queriendo poseerlas en su nombre, se las había prestado á la antigua directora de los teatros de la corte, Mad. Montansier. Esta las había empleado en su nombre, pero en provecho de ellos, en construir el teatro de la Opera. Se creía también, que algunos de los diamantes robados del guarda-joyas de la corona, estaban en poder de un agente de Danton. Desde que la comisión de salud pública gobernaba por mano del verdugo, Danton afectaba horror á la sangre y se esforzaba en dar á su partido el título de partido de la clemencia. Después de buscar la popularidad en el rigor, la proseguía con la magnanimidad. Hacia señales de inteligencia á las víctimas y se constituía en vengador suyo para lo sucesivo. Inspiraba á Camilo Desmoulins sus filípicas contra el terror y sus alusiones contra Robespierre, haciendo de la humanidad una facción. Aquella facción era un cargo permanente contra la comisión de salud pública, y sobre todo contra Collot de Herbois, Billaud Varennes y Barrere, instigadores ó instrumentos del terrorismo. En el momento en que un régimen semejante tuvo por acusador á un hombre como Danton, aquel régimen se vió

amenazado. Bajo un gobierno cuya única fuerza era su implacabilidad, toda llamada á la compasión era una convocatoria á la insurrección.

## III.

La inminencia de un choque entre Robespierre y Danton, era evidente á los ojos de los montañeses inteligentes. Obligados á decidirse entre aquellos dos hombres, su corazón estaba por Danton y su lógica por Robespierre. Adoraban al primero, cuya voz había electrizado muy amenudo su patriotismo, y temían al segundo más de lo que le apreciaban. Su concentrado carácter, su frío exterior y su imperiosa palabra, rechazaban la familiaridad y desconcertaban el afecto. Era este un hombre á quien debían mirarle en perspectiva y á cierta distancia para temerlo y aborrecerlo menos. Solo el pueblo en masa podía apasionarse por aquel ídolo. Sus colegas no se atrevían á acusarlo. Pero á los diputados patriotas de la Montaña no se les escapaba que si Danton era el patriota según su corazón, Robespierre era el legislador según sus miras, y que sin Robespierre la república sería una dictadura sin unidad y una tempestad sin dirección. Solo él tenía los secretos del rumbo y marcaba á la democracia el puerto siempre lejano, al cual esperaban llegar bogando por aquel mar de sangre. Los montañeses no podían decidirse á perder á aquellos dos hombres; pero si era necesario escoger, seguirían á Robespierre, huyendo por Danton. Todavía esperaban conservar á los dos.

Algunos negociadores oficiosos se esforzaron por conseguir una explicación entre ellos. Robespierre no se negó á ello; deseaba sinceramente hallar á Danton bastante inocente para no perderlo. Se convino en una entrevista por los dos gefes, y esta tuvo lugar en una co-

mida en Charenton, en casa de Panis, su amigo comun. Los convidados, que eran en pequeño número, animados de un deseo ardiente de prevenir aquel rompimiento de la república, apartaron cuidadosamente del principio de la conversacion todos los motivos de division capaces de despertar los resentimientos. Lo consiguieron; el principio de la comida fué cordial. Danton se manifestó franco y Robespierre sereno. Se auguraba bien de esta union sin choques entre dos hombres cuyas disposiciones personales podian amortiguar el combate entre los dos partidos.

No obstante, al fin de la comida, sea porque el presuntuoso Danton viese en la presencia de Robespierre un sintoma de debilidad, sea porque la indiscrecion del vino soltase su lengua, ó sea en fin, porque su orgullo no pudiese ocultar el desprecio que hacia de Robespierre y de sus amigos, ello es que todo cambió de aspecto. Se entabló un diálogo al principio penoso, despues amargo, y por último amenazador, entre los dos interlocutores: «Tenemos entre los dos la paz ó la guerra para la república, dijo Danton, ¡desgraciado del que la declare! Yo estoy por la paz, deseo la concordia, pero no daré mi cabeza á los treinta tiranos.—¿Qué es lo que llamais tiranos? dijo Robespierre. En la república no hay otra tiranía que la de la patria.—¡La patria, exclamó Danton, está en un conciliábulo de dictadores, de los cuales unos tienen sed de mi sangre y los otros no tienen fuerza para rehusarla!— Os engañais, respondió Robespierre, la comision no tiene sed sino de justicia y no vigila sino á los malos ciudadanos. Pero, ¿son buenos ciudadanos los que quieren desarmar la república en medio del combate y los que se adornan con las gracias de la indulgencia cuando nosotros aceptamos por ellos la odiosidad y la responsabilidad del rigor?—¿Es esa alusion? dijo Danton.—No, es una acusacion, repuso Robespierre.—Vuestros amigos quieren mi muerte.—Los vuestros quieren la de la repú-

blica.» Los convidados interpusieron entonces su mediacion, hicieron que se moderasen y casi los reconciliaron. «No solamente, dijo Robespierre, la comision de salud pública no quiere vuestra cabeza, sino que desea ardentemente fortificar al gobierno con el mayor ascendiente de la Montaña. ¿Estaria yo aqui si quisiese vuestra cabeza? ¿Ofreceria mi mano á quien yo tratase de asesinar? ¿Se siembra la calumnia entre nosotros! ¡Danton, andad con cuidado! Cuando uno toma por enemigos á sus amigos, se espone á que lo sean de veras. ¡Veamos!.... ¿No podremos entendernos? ¿El poder, tiene ó no necesidad de ser terrible cuando los peligros son estremos?—Si, dijo Danton, pero no debe ser implacable. La ira del pueblo es un movimiento. Vuestros cadalsos son un sistema. El tribunal revolucionario que yo inventé era digno, y vosotros lo habeis convertido en una carniceria. ¡Herís sin eleccion!—¿Setiembre eligió? dijo Robespierre burlándose.—Setiembre, repuso Danton, fué un instinto irreflexivo, un crimen anonimo que nadie absuelve, pero que nadie puede castigar en el pueblo. La comision de salud pública, vierte la sangre gota á gota como para mantener el horror y el hábito de los suplicios.—Hay gentes, respondió Robespierre, á quienes les gusta mas verterla á torrentes.—Haceis morir tantos inocentes como culpables.—¿Ha muerto un solo hombre sin juzgarlo? ¿Se ha cortado una sola cabeza que no fuese proscripta por la ley?» A estas palabras Danton dejó escapar de sus labios una sonrisa amarga y provocativa: «¡Inocentes! ¡inocentes! exclamó, delante de esas comisiones que han dicho á las balas que escogiesen en Lyon y al Loira que escogiese en Nantes! ¡Tú te chanceas, Robespierre! Tomais por crimen el odio que se os tiene! ¡Declarais culpables á todos vuestros enemigos!—No, dijo Robespierre, y la prueba es, que tú vives!»

A estas palabras Robespierre se levantó y se fué con señales visibles de impaciencia y de ira. Por el camino

desde Charenton á la calle de San Honorato, guardó un profundo silencio: al llegar á la puerta de su casa, «Tú lo has visto, dijo al amigo que le acompañaba, no hay medio posible de que ese hombre vuelva al gobierno. Quiere hacerse popular á espensas de la república, corrompiéndola por dentro y amenazándola por fuera. No somos muy fuertes para despreciar á Danton, pero somos demasiado animosos para no temerle; queremos la paz, él quiere la guerra y la tendrá.»

Apenas entró en su habitación, Robespierre envió á buscar á Saint-Just, quedando los dos encerrados una parte de la noche y muchas horas del día, en los dos que siguieron á aquel laconferencia. Se cree que prepararon y combinaron en aquellas largas encerronas los informes y los discursos que fulminaron contra Danton y sus amigos.

## IV.

Danton pasó aquellos dos días en Seves, sin preveer ó sin querer conjurar la tempestad que le amenazaba. En vano Legendre, Lacroix, el joven Rousselin, Camilo Desmoulins y Westermann le suplicaron que mirase por sí, y que burlase á la comision de salud pública con la fuga ó con la audacia. «La Montaña es tuya, le dijo Legendre.—Las tropas estan por tí, le dijo Westermann.—El sentimiento pública está por nosotros, le decía Rousselin. La compasion pública se convertirá en indignacion á tu voz.» Danton se sonreia con indiferencia y orgullo. «Aun no es tiempo, les respondió, y ademas será necesario derramar sangre y ya estoy cansado de ella. He vivido bastante y no quisiera comprar la vida á este precio. Quiero más ser guillotinado que guillotinar. Ademas, no se atreverán á atacarme porque soy más fuerte que ellos.»

Les dijo con esto mas de lo que pensaba decir tal vez. Afectaba confianza para justificar su inaccion. Pero en el fondo no obraba porque no podía obrar. Danton era una fuerza inmensa, pero aquella fuerza no tenia ya en donde apoyar la palanca que habia de levantar á la república. ¿Estaba esta en los Jacobinos? Los habia entregado á Robespierre. ¿Estaba en los Franciscanos? Los habia abandonado á Hebert. ¿Estaba en la Convencion? La habia avasallado retirándose de ella, á la comision de salud pública. Por lo tanto se hallaba cercado y desarmado por todas partes. No tenia apoyo sino en los dos mas tibios é inactivos entre los sentimientos públicos: la compasion y el miedo. No podia recurrir sino á un resto vago de popularidad, y el ascendiente que conservaba sobre la opinion pública era casi nulo. Ademas, ¿cómo podía hablar de clemencia el hombre de setiembre? ¿Una revolucion en nombre de la humanidad, ¿podia personificarse en un Mario? ¿Tendria el derecho de sublevar la conciencia pública con las manos teñidas aun en sangre? ¿No se estrellaria contra sus antecedentes si queria intentarlo? ¿No se le convenceria de engañoso y falaz? El lo conocia así sin confesarlo y se dormia en una seguridad engañosa, envolviéndose en su popularidad desvanecida, como en una inviolabilidad para motivar su apatia.

Saint-Just, Robespierre, Barrere y la comision no se engañaban: sabian que una sorpresa de la elocuencia de Danton podía atraerse á la Convencion y hacerle reconquistar un ascendiente mal apagado aun en la Montaña. Querian desarmar al gigante antes de combatir, y la lucha de una sesion les parecia demasiado espuesta para arrostrarla. Entonces, ninguna voz ni acento, inclusa la de Robespierre, no tenian aun la influencia que la voz y el acento de Danton. El silencio era mas prudente y el misterio mas seguro. Obraron como el senado de Venecia y no como los comicios de Roma: el calabozo les ofreció mas seguridad que la tribuna.

La comision de salud pública convocó por la noche á sesion secreta á los miembros de la comision de salud general y á los de la comision de legislacion. Ninguno sospechaba el terrible complot á que se asociaba sin saberlo. Danton contaba con amigos en aquellas dos comisiones, pero amigos débiles que temian declarar inocente al que Robespierre hallaba culpable. Los semblantes estaban taciturnos, evitaban el mirarse unos á otros y no se hablaron ni una palabra antes de deliberar. Saint-Just con acento incisivo y con una voz mas metálica que de ordinario, principió por pedir que un silencio de Estado cubriese la deliberacion que se iba á abrir y la resolucion que se tomase. En seguida dijo sin aparentar comoverse por la grandeza de su proposicion: «Que la república estaba minada dentro de la misma Convencion; que un hombre que habia sido útil por mucho tiempo, pero que entonces era peligroso y siempre egoísta, habia afectado separarse de las comisiones del gobierno, á fin de separar su causa de la de sus colegas, é imputarles en seguida á crimen la salvacion de la patria; que este hombre, educado en la escuela de los complots, rebosando en riquezas, convencido de traicion, primero entrando en las miras de la córte, despues unido á Dumouriez y á la Gironda, y finalmente á los enemigos de la revolucion, tramaba ahora la mas peligrosa de todas, ¡la traicion de la clemencia! El hombre que con la hipocresia de la humanidad, pervertia la opinion, aumentaba las murmuraciones, agriaba los espíritus, fomentaba la division en la representacion nacional, entretenia las esperanzas de la Vendée, y tal vez mantenía correspondencia con los tiranos desterrados; el que reunia alrededor de sí en una aparente

maccion á todos los hombres viciosos, débiles ó versátiles de la república: el que les dictaba su papel y les inspiraba sus invectivas contra los saludables rigores de las comisiones: el que concluiria con la revolucion si los servicios anteriores y dudosos de este hombre lo cubriesen á los ojos de los patriotas puros, contra sus crímenes presentes, y sobre todo contra sus crímenes futuros: el que seria el peor de los contrarrevolucionarios porque tendria la perfidia de ejecutar la contrarrevolucion en nombre del pueblo: el que estableceria el peor de los gobiernos que seria una república que cayese en las manos de los hombres mas corrompidos de entre los falsos demagogos: el hombre que seria por sí solo una contrarrevolucion para el pueblo!... este hombre, á quien todos habeis conocido sin que yo le nombre.... (dijo despues de un momento de silencio) ¡es Danton! ¡Sus crímenes están consignados en el mismo silencio que guardais al oír su nombre! Si fuese puro, vuestros murmullos me habrian confundido. Nadie le cree inocente, todos lo creen peligroso. Tengamos el valor de nuestras convicciones y la inflexibilidad de nuestros deberes. ¡Pido que á Danton y á sus principales cómplices Lacroix, Philippeaux y Camilo Desmoulins, se les ponga presos esta noche y que sean entregados al tribunal revolucionario!»

Todos dirigieron sus miradas á Robespierre. Este, que se habia indignado la primera vez que Billaud Varennes, habia propuesto la prision de Danton, guardaba entonces el mas profundo silencio. Todo el mundo conoció que Saint-Just, habia hablado en nombre de los dos.

Ninguno queria aparentar indecision cuando Robespierre se habia decidido. Barrere y sus colegas firmaron la orden. El silencio se prescribia por sí mismo; la indiscrecion hubiera sido mirada como complicidad, y la complicidad era la muerte.

No obstante, un empleado subalterno de las oficinas de la comision llamado Paris, oyó lo que se habia resuel-

to, á través de las rendijas de la puerta del salon, y corrió á casa de Danton, le dijo que su nombre se habia pronunciado muchas veces en la reunion de los tres consejos, que debia temer una resolucion siniestra contra él y le ofrecia un asilo seguro en donde pudiese dejar pasar la tempestad. La jóven esposa de Danton instruida de esto por su ternura, se arrojó vertiendo lágrimas á los pies de su marido suplicándole por su amor y por el de sus hijos, que escuchase aquella advertencia del destino y que se ocultase por algunos dias de sus enemigos. Sea incredulidad hácia este aviso, sea tuviese á humillacion el tratar de evitar la muerte, sea cansancio de vivir en aquellos trances, que César encontraba peores que la misma muerte, ello es, que Danton no consintió en esconderse. «Deliberarán mucho tiempo antes de herir á un hombre como yo, dijo, deliberarán siempre y yo seré quien los sorprenda.» Despidió á Paris, leyó un rato y se durmió.

A las seis de la mañana llamaron á su puerta los gendarmes y le presentaron la orden de la comision. «¿Con que se atreven? dijo refregando la orden entre sus manos. ¡Y bien! ¡Son mas atrevidos de lo que yo suponía!» Se vistió. Abrazó convulsivamente á su muger, la tranquilizó sobre su suerte futura, la exortó á que viviese tranquila y siguió á los gendarmes que lo condujeron al Luxemburgo.

A la misma hora arrancaron á Camilo Desmoulin de los brazos de Lucila. «Voy al calabozo, dijo al salir, por haber compadecido á las victimas; si muero mi sentimiento será no haber podido salvarlas.»

Philippeaux, Lacroix y Westermann entraron al mismo tiempo en el Luxemburgo. Herault de Sechelles, Fabre de Eglantine, Chabot y Launay estaban ya allí.

El nombre de Danton aturdió á los detenidos. Los presos de todas las facciones, y sobre todo, los realistas, se apiñaron para contemplar aquella gran irrisión de la repú-

blica. Aquella burla de la suerte era el sentimiento que parecia humillar mas á Danton, y que él se esforzaba por apartar de sí con afán. «¡Y bien, si, dijo levantando la cabeza y afectando una risa que contrastaba con su situacion, ¡es Danton en persona! ¡Miradlo bien! La jugada ha sido buena; lo confieso. No hubiera creido nunca que Robespierre me escamotease de este modo. ¡Es necesario aplaudir á sus mismos enemigos cuando se conducen como hombres de Estado! Por lo demas, ha hecho bien, añadió dirigiéndose á los realistas que le rodeaban: dentro de algunos dias os hubiera libertado á todos. Entro aqui por haber querido concluir vuestras miserias y vuestro cautiverio.» Con estas palabras trataba de disminuir el horror que inspiraba su nombre y de atraerse el interés de sus victimas. Su fingida bondad sedujo los corazones. Los realistas estaban reducidos á no tener mas eleccion ni preferencia que entre sus enemigos.

## VI.

Pusieron á Danton y á su amigo Lacroix en un mismo calabozo: «¡Presos nosotros! exclamó Lacroix, ¿quién lo hubiera podido preveer?—Yo, le dijo Danton.—¿Cómo! ¿Tú lo sabias y no has obrado? replicó Lacroix.—Su cobardía me aseguraba, replicó Danton. He sido engañado por sus anteriores bajezas.» Hácia el medio dia, pidió que le dejasen pasear como á los demas presos por los corredores. Los carceleros no se atrevieron á negarse á que diese algunos pasos por la cárcel al hombre que mandaba el dia antes á la Convencion. Herault de Sechelles, le salió presuroso al encuentro y lo abrazó Danton afectó indolencia y alegría. «Cuando los hombres cometen simplezas, dijo á Herault de Sechelles encogiendo los hombros, es menester que sepan reirse de ellas.» En seguida

viendo á Tomás Payne se acercó á él y le dijo con tristeza. «Lo que tú has hecho por tu patria adoptiva he tratado yo de hacerlo por la mía. He sido menos dichoso que tú, pero no mas culpable.» Despues se volvió hácia un grupo de sus amigos que se lamentaban de su suerte, y dirigiéndose á Camilo Desmoulin que se golpeaba la cabeza contra la pared: «¿A qué vienen esas lágrimas? le dijo, ya que nos envían al cadalso marchemos á él alegremente.»

No dejaron á los acusados por mucho tiempo el consuelo de hablar juntos. Llegó al poco rato una orden para encerrarlos en calabozos separados: el de Danton estaba próximo á los de Lacroix y de Camilo Desmoulin. Danton estaba constantemente asomado á la reja de su ventana, no cesando de hablar con su amigo en alta voz, para que lo oyésen los presos que habitaban en los pisos superiores y los que se paseaban en el patio. Su valortenia necesidad de espectadores. La ventana fué su tribuna y estuvo en escena hasta en el calabozo. La fiebre de su alma se revelaba en las pulsaciones de su pensamiento y en la agitacion de su discurso. Hombre de tumulto, no era de esas naturalezas que recogen su fuerza en el silencio y que no necesitan otros testigos que su conciencia. Este necesitaba un infortunio ruidoso y cierta popularidad en medio de la desgracia. Su locuacidad llegó á importunar á los presos.

## VII.

El rumor de la prision de Danton y de sus cómplices se esparció con el día en Paris. Nadie quería creer en este exceso de temeridad de la comision de salud pública. La prision de Danton parecia ser el sacrilegio de la revolucion. Sin embargo, aquella misma temeridad daba

el sentimiento de una fuerza inmensa en los que la habian manifestado. No se sabia si se debía murmurar ó aplaudir. Todo el mundo callaba aguardando mas esplicaciones.

La Convencion se reunió con lentitud. Algunos sordos cuchicheos anunciaban que los diputados se comunicaban en voz baja la relacion, las conjeturas y las impresiones de los acontecimientos de aquella noche. La meditacion estaba impresa en todas las frentes; pero ninguno se preguntaba interiormente si quedaba alguna seguridad y alguna independenciá ante un poder oculto que se atrevia á hacer desaparecer á Danton. Los miembros de la comision de salud pública no estaban aun en sus bancos, y como los soberanos que se hacen esperar, dejaban disipar la impresion antes de arrostrarla.

Legendre fué el primero que compareció. Este era el amigo mas poderoso de Danton. El mismo, como otro Danton subalterno, tan pronto agitador, tan pronto moderador del pueblo de donde habia salido, se creia ser el genio de su modelo porque tenia su turbulencia, y pensaba tener su mismo valor porque como él era arrebatado é impetuoso. Al rumor de la prision de su amigo, Legendre se sintió amenazado, y no se atrevió á concebir un pensamiento generoso, como el de citar á la tiranía á la barra de la Convencion. Su rostro pálido y desfigurado daba á entender la lucha que pasaba en su alma entre el valor y el temor, entre la amistad que le incitaba á hablar y el servilismo que callaba en torno suyo. Legendre subió precipitadamente las gradas de la tribuna.

«Ciudadanos, dijo, cuatro miembros de esta asamblea han sido presos esta noche. Danton es uno de ellos. Ignoro el nombre de los demas. Los nombres no importan si son culpables, pero vengo á pedir que sean oidos, condenados ó absueltos por vosotros. Ciudadanos, yo no soy sino el fruto del genio de la libertad; yo no soy sino su obra, y no trataré sino de desenvolver con grande sen-

cillez mi proposicion. No esperéis de mí sino la esplosion de un sentimiento. Ciudadanos, lo declaro, creo á Danton tan puro como yo, y nadie ha sospechado jamás aquí de mi probidad.» A estas palabras, un murmullo desfavorable reveló la mala fama de Danton. Legendre empezó á turbarse, y á pesar de esto el silencio se restableció á la voz del presidente. Legendre continuó:

«No apostrofaré á ninguno de los miembros de la comision de salud pública, pero tengo derecho para temer que los odios personales arranquen á la libertad los hombres que la han prestado los mayores y mas útiles servicios. No creo inoportuno deciros esto del hombre que en 1792 hizo levantar á la Francia entera con las medidas enérgicas de que se sirvió para conmovier al pueblo; del hombre que hizo decretar la pena de muerte contra el que no entregase sus armas ó no las volviese contra el enemigo. No; confieso que yo no puedo creerlo culpable, y aquí os quiero recordar el juramento reciproco que prestamos los dos en 1790, juramento por el cual nos comprometimos á que el que de los dos viese al otro debilitarse ó sobrevivir á su adhesion á la causa del pueblo pudiese darle de puñaladas en el acto; este juramento tengo placer en recordarlo en el dia de hoy. Lo repito; creo á Danton tan puro como yo. Desde la noche anterior está preso. Se teme sin duda que su voz confunda á sus acusadores. Pido en consecuencia, que antes que oigais ningun informe, los presos sean traídos aquí para que nosotros oigamos sus descargos.»

## VIII.

Robespierre se perdía sin remedio al ejecutar el primer acto de su tiranía, si no hubiese llegado á la sesion en el momento en que Legendre hablaba. Cambiándose

el estopor de la asamblea en indignacion á la voz de Legendre estaba ya pronta á citar á Danton como un testigo vivo de la audacia de la comision.

El alma de Danton, rebotando ira por haberse visto en un calabozo, podia valerse de una de aquellas esplosiones que derriban las tiranias. La asamblea tampoco hubiera podido resistir al espectáculo de Danton preso, enseñando sus brazos encadenados á sus colegas, renegando de sus amigos y confundiendo á sus acusadores. Robespierre conoció el peligro con el instinto momentáneo que da la práctica de las asambleas populares y la voluntad de vencer. Se lanzó á la tribuna haciendo resonar fuertemente sus pisadas sobre sus escalones, como un hombre que asegura su base.

«Ciudadanos, dijo, en la turbacion desconocida que hace mucho tiempo reina en esta asamblea, en la agitacion que han producido las primeras palabras del que ha hablado antes del último preopinante, es fácil notar que aquí se discuten grandes intereses, que se trata de saber si algunos hombres deben hoy ser mas poderosos sobre vuestros ánimos que la misma salvacion de la patria. ¿En qué consiste ese cambio que parece manifestarse en los principios de los miembros de esta asamblea, sobre todo en los de los que se sientan en el lado que se honra de haber sido el asilo de los mas intrépidos defensores de la libertad? ¿Y por qué? Porque se trata hoy de saber si el interés de algunos ambiciosos hipócritas debe sobreponerse á los intereses de todo el pueblo francés. (Aplausos.) ¿Y qué! ¿habremos hecho tantos heroicos sacrificios, entre los cuales es menester contar estos actos de una dolorosa severidad; habremos hecho estos sacrificios, repito, solo para volver á someternos bajo el yugo de algunos intrigantes que pretenden dominarnos? ¿Qué me importan los bellos discursos, los elogios que se dan á sí mismos y á sus amigos? Una larga y penosa esperiencia nos ha enseñado el caso que debemos hacer de se-

mejantes formas oratorias. No se pregunte ya lo que un hombre y sus amigos se precian de haber hecho en tal ó cual circunstancia particular de la revolución, se pregunta lo que han hecho en toda su carrera política. (Aplausos.) Legendre parece que ignora los nombres de los que han sido presos, toda la Convención los sabe. Su amigo Lacroix es del número de los detenidos; ¿Por qué finge ignorarlo? porque sabe muy bien que no se puede sin faltar al pudor defender á Lacroix. No; nosotros no queremos privilegios. No; nosotros no queremos ídolos, (repetidos aplausos) y nosotros veremos hoy si la Convención sabrá romper un pretendido ídolo podrido hace mucho tiempo, ó si él aplastará en su caída la Convención y al pueblo francés. Lo que se ha dicho de Danton, ¿no se podía decir de Brissot, de Pétion, de Chabot, del mismo Hebert y de tantos otros que han llenado la Francia con el estruendo fastuoso de su mentido patriotismo? ¿Qué privilegio tienen? ¿En qué ha sido Danton superior á sus colegas, á Chabot y Fabre de Eglantine, su amigo y confidente, y de quien ha sido su ardiente defensor? ¿En qué es superior á sus conciudadanos? ¿Lo es acaso porque algunos individuos engañados y otros que no lo han sido se han agrupado alrededor de él para seguirle á la fortuna y al poder? ¿Cuánto mas ha engañado á los patriotas que tenían confianza en él, tanto mas acreedor es á sufrir la severidad de los amigos de la libertad.

«Ciudadanos, este es el momento de decir la verdad; yo no reconozco en todo lo que se ha dicho, sino el presagio siniestro de la ruina de la libertad y de la decadencia de los principios. ¿Cuáles son, en efecto esos hombres que sacrifican á sus relaciones personales, y tal vez al temor, los intereses de la patria? ¿Quiénes los que en el momento en que triunfa la igualdad se atreven á destruirla en este recinto? ¿Qué habeis hecho vosotros que no haya sido libremente, que no haya salvado á la re-

pública, y que no haya sido aprobado por la Francia entera? Se quiere hacerlos temer que el pueblo perezca víctima de las comisiones que han obtenido la confianza pública; que han emanado de la Convención nacional, y á las que se quiere suprimir, porque todos los que defienden su dignidad son sacrificados á la calumnia. ¡Temiendo que los presos sean oprimidos, se desconfía de la justicia nacional, se desconfía de los hombres que han obtenido la confianza de la Convención! ¡Se desconfía de la Convención misma que les ha dado esta confianza, y de la opinión pública que la ha sancionado! Digo que cualquiera que tiemble en este momento es culpable, porque la inocencia no teme jamás la vigilancia pública. (Aplausos.)

«Tambien á mí se me ha tratado de inspirar terror; se ha querido hacerme creer que llegando el peligro á Danton podía alcanzar hasta mí. Me lo han representado como un hombre de quien yo debía hacerme un escudo que pudiese defenderme sirviéndome de él como de un muro, que una vez destruido me dejaría espuesto á los tiros de mis enemigos. Todo esto se me ha escrito, y los amigos de Danton han hecho que me llegasen estas cartas, atormentándome además de palabra, creyendo sin duda que el recuerdo de nuestra antigua amistad, que la fé que yo tenía en sus falsas virtudes me determinarían á moderar mi celo y mi pasión por la libertad. ¡Y bien! declaro que ninguno de estos motivos ha causado en mi alma la mas ligera impresion; declaro que si fuese verdad que los peligros de Danton se convirtiesen en peligros para mí, que si hiciesen dar á la aristocracia un paso mas para que me hiriese, no miraría esta circunstancia como una calamidad pública. ¿Qué me importa el peligro? Mi vida es de mi patria, mi corazon está exento de temor, y si yo muero será sin mancha y sin ignominia. (Repetidos aplausos.) Yo no he visto en las adulaciones que se me han prodigado, y en las

caricias engañosas de los que rodean á Danton, sino las señales ciertas del terror que habian concebido aun antes que fuesen amenazados.

«Tambien he sido yo amigo de Petion; desde que se quitó la máscara le abandoné. Tambien he tenido relaciones con Roland; fué traidor y le denuncié. Danton quiere ocupar su puesto, que no es mas, á mi modo de ver, que el que corresponde á un enemigo de la patria. (Aplausos.) Asi es, que sin duda nos hacen falta algun valor y alguna grandeza de alma. Las almas vulgares ó los hombres culpables, temen siempre ver caer á sus semejantes, porque no teniendo ya delante de si una barrera de culpables, quedan espuestos al llegar el dia de la verdad. Pero si existen almas vulgares, existen igualmente otras heroicas en esta asamblea, puesto que ella dirige los destinos de la tierra y que ha aniquilado todas las facciones.

«El número de los culpables no es muy grande.»

## IX.

Este discurso tenia al menos la grandeza del odio. Si Robespierre hubiera afectado la hipocresía de que se le acusaba, podria habérselo ocultado, callar y dejar á una comision anónima la responsabilidad, la odiosidad y el peligro del acto. Se presentó solo para cubrir á la comision y para luchar cuerpo á cuerpo con la poderosa fama de Danton. Su discurso sofocó los murmullos y las veleidades de independencia de la Montaña. Conocieron todos su superioridad y fingieron conviccion. Legendre, cuyo valor habia desaparecido con las interpelaciones y con las miradas amenazadoras de Robespierre, temblaba á cada palabra que la conclusion del orador fuese una acusacion contra él mismo, apresurándose en

aplacar al hombre á quien acababa de atacar de frente: balbuceó algunas palabras entrecortadas por el espanto, y suplicó á Robespierre que no le creyese capaz de sacrificar la libertad á un hombre. Jamás un verdadero amigo tuvo menos corazon, ni un orador menos palabras. Legendre se hundió ante la asamblea, y la tentativa de los amigos de Danton se hundió con Legendre.

Saint-Just apareció despues en la tribuna. Su aspecto sereno é impávido, al menos en lo exterior, daba á la arbitrariedad la apariencia de una justicia intrépida. Saint-Just pronunció con voz grave y monótona, como una reflexion hablada, el informe premeditado entre Robespierre y él, sobre las conspiraciones que asediaban á la república. Relató la pretendida conspiracion de Danton, teniendo cuidado de establecer correlacion entre todos los conspiradores, á fin de que el realismo de los emigrados, la anarquía de Hebert, la venalidad de Chabot, la corrupcion de Fabre y el moderantismo de Herault de Sechelles, reflejasen sobre Danton. Bien se veía que el acusador mismo no creía en la acusacion, que Danton no era en su pensamiento sino la victima responsable de todos los males de la república; y que en el fondo el informe de Saint-Just se limitaba por toda prueba á decir á la Convencion: Entregadme á este hombre, porque es el gran sospechoso de la libertad.

«Ciudadanos, dijo Saint-Just, la revolucion está en el pueblo y no en la fama de algunos personajes. Hay algo de terrible en el amor sagrado á la patria, y es tan esclusivo, que todo lo sacrifica sin piedad, sin sobresalto y sin respeto humano al interés público. Precipita á Manlio, arrastra á Régulo, á Cartago, arroja á un romano en un abismo y coloea á Marat en el Panteon.

«Vuestras comisiones de salud pública y seguridad general, llenas de este sentimiento, me han encargado que os pida justicia en nombre de la patria contra algu-